

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

(CRISÓFILO SARDANÁPALO.)

LA SATANIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.—El poeta recibe la visita del augusto Satán, quien se le presenta *comm'il faut*.—Carinoso discurso del Príncipe y su simpatía para con el poeta.—Llévale á su Metrópoli ofreciéndole protección.

I.

Del hombre triste la mortal caída,
La de su yugo redención felice,
Canten otros en tónica escogida
Que del arpa las cuerdas divinice;
Yo contaré una historia no sabida
Que de pasmo y terror el vello erice.
Lejos de mí la lira; suene el cuerno,
Pues canto á Satanás, canto el Infierno.

II.

Príncipe augusto, de mirar sombrío,
Sublime emperador: la rabia eterna
Con que riges el Mundo á tu albedrío

Témplese en mi favor: tu Gracia tierna
Inspire, ¡oh, gran Señor! al pecho mío,
Que en tus aras humilde se prosterna,
Cantos dignos de ti, cual soberano
Que eres del Mundo y del Linaje humano.

III.

La noche con su manto tenebroso
En brazos de los sueños dormitaba,
En tanto que del céfiro amoroso
Los besos y caricias disfrutaba:
Sentado yo en sillón duro y nudoso,
Que potro del desvelo semejaba,
Con la mente sumida en loco empeño,
Canséme de pensar, rindióme el sueño.

IV.

¡Oh, cuán feliz aquel que en lecho blando
Se duerme al son de sus talegos graves,
Sin que la voz del Albionés infando
Hiera su oído en desacordes claves!
¡Feliz aquel que á la verdad tornando
Despierta y cuenta los doblones suaves,
En tanto que el que vive desvalido
Los cuenta sólo cuando está dormido!

V.

La herencia del poeta es el ensueño:
En el soñar tan sólo halla ventura;
Mas, la cruda verdad con torvo ceño
De aquel soñar ahuyenta la hermosura.
Si nada en derredor mira risueño,
Si todo en derredor brinda amargura,

¿Qué mucho, ¡oh, Dios! que el ente de que hablo
Su musa celestial consagre al diablo?

VI.

Soñaba, pues, que hallábame en la cima
De elevada montaña prodigiosa,
Brotando más abajo, y de honda sima,
Entre espumas corriente caudalosa,
Que ya sesga ó ya salta por encima
De rípidos peñascos bulliciosa,
Perdiéndose en un llano amarillento
Con sereno y torcido movimiento.

VII.

Era aquel un desierto, cuya arena,
Que á lo lejos sin fin se prolongaba,
Ni al tosco junco ni á la planta amena
El preciso alimento deparaba:
Á mi espalda la atmósfera serena
En encumbrado azul se dilataba,
Y entre los riscos el raudal naciendo
Atronaba los aires con su estruendo.

VIII.

Formaban la montaña rudas peñas
Cual oro, por brillantes y por duras;
Eran, al parecer, como las breñas,
De oro también las áridas llanuras;
Y del propio metal, según las señas,
Era el raudal naciente en las alturas,
Ya que en sus giros, vueltas y cascadas
Dejaba las arenas brillantadas.

IX.

Yo dudo que jamás con tanto oro
Se haya encontrado la hominal persona,
Pues vale cada piedra allí un tesoro
Suficiente á comprar regia corona.
Quizá «El Dorado» es, do cada poro
Un surtidor aurífero pregona.
Extático me hallaba aún en mi sueño:
¿Quién de vencer su asombro fuera dueño?

X.

Queriendo persuadirme, alcé la mano:
Tendida en derredor, tomé un pedrusco.
¡Pasmoso relucir! ¡deleite humano!
Lancéle, resonó, y al choque brusco,
En más de cien pedazos rodó al llano.
¡Dichoso parabién! Un nuevo Cuzco,
Australia, California y Potosí,
Risueños se mostraban ante mí.

XI.

Y aun más esta región, más atesora.
En aquéllas el oro da quebranto,
Pues la tierra es allí más guardadora:
Cubre el metal con su negruzco manto,
Obligando á la gente buscadora
Á gastar otra mina y afán tanto;
Y aquí el oro, en riquísimo venero,
Viene á buscar la mano lisonjero.

XII.

Oro, indispensable oro, no tu nombre
Maldecirá injurioso el labio mío:

Poderoso aguijón eres del hombre
Y muestras por doquier tu poderío:
Ya con tu brillo al universo asombre
Del humano el soberbio desvarío,
Ya cuando, bienhechor, te riega el llanto,
Ya cuando das la luz por medio tanto.

XIII.

Tan luego que me vi señor y dueño
De esta insólita y mágica grandeza,
Ofrecióse á mi vista, asaz risueño,
Un panorama de sin par belleza:
Mas ¡ay! que aun en mitad de grato ensueño
La miseria se brinda en su fiereza,
Comparando por fuerza aquel tesoro
Con mi habitual penuria y falta de oro.

XIV.

Con todo, era feliz porque soñaba,
Pasada ya la desventura horrible
Que la carencia de oro me causaba:
¡El oro, vencedor de lo imposible!
¡Cuántas y cuántas veces suspiraba
Sumido en la inacción más insufrible,
Sirviendo al pensamiento de barrera
Ese metal, dulcísima quimera!

XV.

Hoy que en el mundo el infernal becerro,
Que iracundo Jehovah derribó un día,
Eleva sus altares, con cencerro
Invitando á la ciega idolatría,
Y el mundo todo en lamentable yerro

Dobla en sus aras la rodilla impía,
Y el bien sucumbe en la batalla ruda
Si del oro el poder no le da ayuda;

XVI.

Hoy, que hasta el trono del Señor bendito
Eleva el hombre la oración profana,
Oro pidiendo al Dios de lo infinito
Con metálica voz y sed mundana,
Yo ante el oro también mi ánimo excito
Y demando placer y gloria humana.
¿Qué vale la virtud en la indigencia?
¿Qué vale sin metal la inteligencia?

XVII.

Gloria, placeres, de la incierta vida
Desvanezcan el tedio y los dolores:
Que por senda de amor, de gozo henchida,
Discurra como arroyo entre las flores:
Siempre renazca la verdad querida
Reviviendo el amor con sus amores;
Y soñar y gozar, y de esta suerte
Cuando muera el placer, venga la muerte.

XVIII.

Que el hombre á su pesar la faz humille
Ante mi planta altiva y orgullosa;
Prosternado ante mí se maraville
Adorando mi magia poderosa:
Que mi voz ante el caos fúlgida brille
Y la noche disipe tenebrosa.....
Oro y más oro, con furor anhelo.
Y renuncio por siempre al alto cielo.

XIX.

«¡Oro!—Sí, lo tendrás»—dijo á mi lado
Una voz varonil cuanto sonora.
Sorprendido quedéme y espantado
De oír cerca de mí tan á deshora
Tal promesa y tal voz, y vi asombrado
Á un hombre de presencia encantadora.
Miré al punto, y juzgué al desconocido
Un cortés caballero muy cumplido.

XX.

De ceremonia el frac llevaba airoso,
Enlutado calzón, botas lucientes,
Pechera en que el bordado primoroso
Se esmaltaba con joyas refulgentes:
Gallardo talle y ademán gracioso,
Maneras y actitudes sorprendentes:
Aire dando á su traje, lisonjero
Su porte natural de caballero.

XXI.

Á pesar de su edad, fruta madura
En el árbol frondoso de la vida,
La varonil belleza en él fulgura
Al ideal sublime parecida.
Era su frente de cincel hechura,
Do inteligencia celestial se anida,
Y sus ojos azules y harto bellos
Reflejaban radiantes sus destellos.

XXII.

Cual de Apolo la rubia cabellera
Su busto de belleza coronaba,

Y su mirada viva y altanera
Dulce y tierna á su vez se dilataba.
En su semblante palidez ligera
Cual sombra de pesar se aposentaba:
Nube que de infernal melancolía
Turbaba de su cielo la alegría.

XXIII.

«Lo tendrás»—repitió, su vigorosa
Mano puesta en mi hombro, y su mirada
Fija en mis ojos, mágica, ardorosa,
Con fantástico brillo iluminada.—
Mirábale yo fijo, ¡hora penosa!
En la suya mi vista embelesada,
Mirando á mi pesar, magnetizado
Y en éxtasis extraño subyugado.

XXIV.

«Me llamo Lucifer»—exclamó luego
Aquel hombre ó visión electrizante.
Su nombre al escuchar, de terror ciego,
Salté queriendo huir todo tremante,
Como asustado el tímido borrego
Ante lobo feroz; pero al instante
Sentóse y me calmó.—Su lastimera
Historia me contó desta manera:

XXV.

«En aquellas regiones venturosas
Do reinan celestiales alegrías,
Donde abundan las flores aromosas,
Do lucen siempre deliciosos días,
Donde el son de las arpas melodiosas

Derrama plañcenteras armonías,
Nací para mi bien, mas desterrado,
Suspiro de aquel bien tan apartado.

XXVI.

»¿Á quién que digan mi terrible nombre
Logrará comprender la honda tristeza
Que nunca pudo comprender el hombre,
Pues jamás conoció tanta grandeza?
El eco de mi voz tal vez asombre
Al Universo entero, y con dureza
Me maldiga, sin ver que, desvalido,
Mi destino es llorar como nacido.

XXVII.

»Al partir de mi Edén idolatrado
Traje conmigo, como triste herencia,
De llanto un manantial nunca agotado:
Que la augusta divina inteligencia
Me dió por ley el mal, y condenado
Á combate infernal con la conciencia,
Prodigo el mal, y con el mal me hiero,
Y en él me gozo, y sufro, y desespero.

XXVIII.

»El Padre de la luz dióme potente
De ángel excelso las doradas alas,
Á mis ojos dió luz resplandeciente,
Ornóme de lo bello con las galas,
Fulgurosa diadema dió á mi frente
Que deslumbró las inmortales salas;
Mas ¡ay! dejé mi natural sumiso
Y perdí para siempre el Paraíso.

XXIX.

»Desde entonces el Mundo es mi morada,
El mal me cerca, fiero lo prodigo,
Y en lucha desigual, desenfrenada,
Hago gimiendo el mal y me maldigo.
¡Cuán triste es maldecir! En la alborada
Miro al naciente sol como enemigo,
Y en la noche, si brillan las estrellas,
Las aborrezco más cuanto más bellas.

XXX.

»En ellas, sólo en ellas quizá mora
El dulce encanto para mí perdido;
De la patria feliz que el alma adora
Despiertan el recuerdo entristecido.
La deleitosa paz que se atesora
En ellas ¡ay! contemplo enfurecido.....
¿Y por qué no cegar, si sólo enojos
Miran doquiera mis dolientes ojos?

XXXI.

»¡Oh, mortal que me temes y motejas,
Perdona al triste que perdió el contento!
Con amargo dolor también te quejas,
Pues perdiste un Edén; el sentimiento,
Con maldecir mi ser, de ti no alejas.
Maldiciones al par demos al viento.
El mal brota también de esa tu mano:
Criatura de dolor, eres mi hermano.»
.....

D. JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.